

# SERMON

PARA EL DOMINGO DE LA QUARTA  
Semana.

*Sobre la Providencia.*

Cum sublevasset ergo oculus Jesus, & vidisset quia multitudo maxima venit ad eum, dixit ad Philippum: Unde ememus panes, ut manducent hi? Hoc autem dicebat tentans: eum ipse enim sciebat, quid esset facturus.

*Levantando Jesu-Christo los ojos, y viendo que le seguia grande multitud del pueblo, dixo à Felipe: Dónde podremos comprar bastante pan para dar de comer à todo este pueblo? Pero decia esto por probarle: que bien sabia lo que habia de hacer. S. Juan, cap. 6. v. 5. y 6.*

SEÑOR.

Si como dixo San Agustin, los milagros son voces de Dios, y su intencion en estas señales visibles de su Omnipotencia, siempre es hablarnos, instruirnos, y descubrirnos alguna verdad importante, facil es entender, qué nos quiso enseñar el Salvador del mundo con este insigne milagro de la multiplicacion de los panes. Porque qué es

lo que vemos, y lo que el Evangelio nos representa en este milagro? Todo un pueblo que fia de la Providencia de Jesu-Christo; millares de hombres, que sin llevar con que alimentarse dexan sus casas por seguirle; un Dios movido de compasion para con ellos; un Dios que por sí mismo acude à sus necesidades, un Dios que por sí mismo les reparte sus dones liberal, ampla y magnificamente; y en fin, toda esta numerosa multitud alimentada y satisfecha en una soledad. Todo esto no nos predica muy claramente la providencia divina, y la obligacion de fiarnos y poner en ella nuestras esperanzas? *Interrogemus* (estas son las palabras de San Agustin) *ipsa Christi miracula, habent enim, si intelligantur, linguam suam.* Preguntemos à los milagros de Christo, oigamoslos, y estemos atentos à lo que nos dicen. Porque como Jesu-Christo es substancialmente el Verbo de Dios, no hay en él cosa que no hable, y sus mismas acciones tienen su language y expresion para explicarse con nosotros. Pues lo que en particular nos dice el milagro de estos panes tan pronta y copiosamente multiplicados, es que hay una Providencia que gobierna el mundo; una Providencia à la qual debemos todos sujetarnos, no como las demas criaturas, con una sujecion que es efecto de la necesidad; sino como criaturas racionales, con un consentimiento libre de nuestra voluntad. Ved aquí, hermanos míos, la voz de Dios, y lo que nos enseña. No obstante, por mas inteligible y clara que sea esta voz, hay hombres que no quieren entenderla. Hay algunos, que no son dociles, ni rendidos à ella despues de haberla oido: y por esta razon junto con esta voz del milagro de Jesu-Christo, la de la predicacion, que fortalecida y apoyada con la gracia interior que el Espiritu Santo derramará en nuestros corazones, producirá en ellos, como lo espero, todo el fruto que me prometo de este discurso. Encaminemonos à Maria Santisima, y digamosla: AVE MARIA.

Dos cosas, segun San Agustin, tienen particular eficacia para mover al hombre, y hacer impresion en su razon, la obligacion y el interes: la obligacion, porque es

ra-

racional; y el interés, porque se ama à sí mismo. Estos son los dos motivos, que por lo comun le hacen obrar. Pero es necesario, añade San Agustín, que estas dos maquinias se muevan à un mismo tiempo, para tener un efecto cumplido en el corazón del hombre; porque la obligación sin el interés puede poco, y el interés sin la obligación es cosa baxa y vergonzosa: uno y otro tienen una fuerza casi infalible, y una eficacia à la qual es quasi imposible resistirse. Mi intento, Christianos, el día de hoy, es inspiraros una perfecta sujecion à la Providencia divina, representandolos la indispensable obligación que tenemos de entregarnos à esta Providencia soberana, y fiarnos de ella, de conformarnos con sus decretos, y tomarlos por regla de nuestra vida. Para empeñarnos en esto, quiero mostraros el desorden y la desgracia del hombre, quando le niega à Dios este rendimiento: el desorden del hombre mirando à su obligación, y la desgracia mirando à su interés: su desorden es inseparable de su desgracia, pues es evidente que nace su desgracia de su desorden: su desgracia es inseparable de su desorden, pues esa desgracia es su justo castigo, como lo vereis, según las leyes de Dios. En dos palabras: No hay delito mayor que el de un hombre del siglo que no quiere sujetarse à la Providencia; esta es la primera parte. No hay desgracia mayor que la de un hombre del siglo que no quiere conformarse con la disposicion de la Providencia; esta es la segunda: por el contrario, no hay prudencia mayor, que la de un Christiano que toma la fe de la Providencia por regla de todas sus acciones: ni hay felicidad mayor, que la de un hombre Christiano que pone todo el fundamento de su esperanza en la fe de la Providencia. Dos verdades de edificación y eficacia, que han de dividir este discurso.

### I. PARTE.

Para corregir un desorden es menester conocerle, y para conocerle es necesario buscar y descubrir su principio. Hablo de un hombre del siglo que vive en un profundo olvido de Dios, que parece ha sacudido su yugo, y se ha hecho

cho un habito y estado de vivir sin dependencia de su Magstad; y en fin, de un hombre que sin declararse al descubierto, sino por la infeliz posesion en que se ha establecido de vivir à su arbitrio, y como licencioso, ha venido à parar (si me puedo explicar así) en desertor, ò si os parece, en apostata de la Providencia de Dios: proceder el mas deplorable, pero efecto el mas comun de la corrupcion del siglo. Quiero hacer que veais esto según lo concibo yo. El que renuncia la Providencia, y quiere eximirse del imperio de Dios, no puede hacer esto sino por un espíritu de infidelidad, porque no reconoce esta Providencia ni la cree; o por una rebeldia del corazón, que aunque la cree y la supone, no quiere sujetarse à ella. Examinemos estos dos principios, y veamos en qual de ellos es mas grosera y culpable esta ceguedad del impio.

Si es por espíritu de infidelidad, y porque no cree la Providencia, qué desorden hay que pueda compararse con este de no creer lo que sin duda, no solamente es lo mas creible, sino tambien el fundamento de todas las cosas creibles? De no creer lo que creyeron con sola la luz de la razon los Paganos de juicio? De no creer lo que aun dexando à un lado la fe, nosotros mismos continuamente experimentamos, lo sentimos, estamos obligados à confesarlo en mil ocasiones, con un testimonio que los primeros movimientos de la naturaleza nos arrancan? Pero sobre todo, de no creer la mas incontestable verdad por las mismas razones en que se funda, las quales son bastantes para convencernos de ella? Este es el estado de un mundano que no quiere reconocer la Providencia. Discurramos por ellas punto por punto, y sirva para que quedemos instruidos. El mundano se ciega, dice San Juan Chrisostomo, en el mismo manantial de las luces, que es el Sér de Dios; pues la primera y mas inmediata consecuencia que se saca del Sér de Dios, es que hay Providencia. De donde se sigue, que renunciando esta Providencia, ò no se conoce ya à Dios (¡horrorosa impiedad!) ò se hace un Dios monstruoso, esto es, un Dios que no cuida de sus criaturas; un Dios que no se interesa en su conservacion ni en su perfec-

feccion; un Dios que ni es justo, ni sabio, ni bueno, pues nada de esto puede ser sin Providencia. Demas de esto, dice San Juan Christosotomo, se reduce à ser mas que Pagano en la Christiandad, ò à tomar, siendo Christiano, partido en el Paganismo mas monstruoso y estragado: pues apenas hay sectas Paganas que hayan negado la Providencia, ni dudado de ella, sino las que con abominables máximas llevaban los hombres à los mas infames excesos, y à los mas sucios deleites: unas sectas en que era de desear que no hubiese en el mundo, ni Dios, ni ley, ni castigo, ni premio, ni providencia, ni justicia.

No es esto todo: como el merito de la fe consiste en hacernos esperar contra la misma esperanza: *Contra spem in spem*, (a) el delito del mundano en quanto à la Providencia, es hacerse incrédulo sin juicio contra su misma razon: porque él mismo, siguiendo el solo instinto de su razon, admite, sin echarlo de ver, una Providencia en que no piensa. Cómo? Declarome: Cree que un Estado no puede estar bien gobernado sin un Principe de prudencia y de consejo. Cree que una casa no se puede mantener sin la vigilancia y economía de un Padre de familias. Cree que un baxel no puede ser bien conducido sin la atencion y destreza de un piloto; y quando ve que este baxel va bogando en medio del mar, que esta familia está bien regida, y que este Reyno florece con el concierto y con la paz, infiere sin duda, que hay aqui un espíritu y una inteligencia que preside; por respecto de todo el mundo, quiere discurrir de otra manera, y que toda esta grande y vasta maquina del Universo se mantenga con el orden que vemos, por puro efecto del acaso. No es esto ir contra sus propias luces, y contradecir à su propio entendimiento? Añadid à esto las pruebas sensibles y personales que halla en sí mismo el mundano; pero le ciega y endurece respecto de ellas su obstinacion. No hay hombre que repasando los años de su vida, y haciendo memoria de todo lo

(a) Rom. 4. v. 18.

lo que le ha sucedido, no deba detenerse en algunos puntos fijos; quiero decir, en algunas ocasiones en que se ha visto en peligros de que ha escapado, ò en algunos sucesos felices ò desgraciados, pero extraordinarios y singulares, que le han hecho novedad y dado golpe, y son otras tantas señales visibles de una Providencia. Pues si esto es verdad en todos los hombres, lo es mucho mas en los que tienen alguna representacion en el mundo, en los que tienen parte en sus tramas, y están mas dentro de su comercio y de sus secretos; y mucho mas en los que viven en el centro del mundo, que es la Corte. Porque el mundo, ¿qué es, decia Casiodoro, sino el mayor teatro y escuela de la Providencia, en que por poca reflexion que se haga, cada instante se aprende que hay un poder, y una sabiduria superior à la de los hombres, que se burla de sus ideas, que dispone sus destinos, que eleva y abate, enriquece y empobrece, mortifica y vivifica, y hace en él todo lo que quiere como árbitro supremo de todas las cosas? Luego no hay hombres en el mundo, que segun las reglas ordinarias debiesen creer con fe mas firme la Providencia, que los que se factan mas de tener la prudencia del mundo, y ser en él los que saben; mas por oculto juicio de Dios, no hay comunmente quien sea mas infiel en punto de la Providencia, ni quien mas parezca que la ignora. Y como jamas hubiera en el mundo hombre menos digno de perdon, si concibiera alguna duda contra la Providencia, que el Patriarca Joseph, despues de los milagros manifiestos que Dios hizo en su persona, asi estos presumidos sábios del mundo son mas culpables en no admitir la Providencia, y en negarle à Dios un atributo, à cuya vista (por decirlo asi) se complace Dios en elevarlos.

Pasa mas adelante su ceguedad, y consiste en no querer dar libre y christianamente à la Providencia una confesion, que la dan muchas veces por necesidad, ò por mejor decir por impetu de despecho y desesperacion. Porque, atended Christianos; ese mundano que se olvida de Dios y de su Providencia quando está en prosperidad, y le sale

todo à medida de su deseo, es el primero que se queja de esa misma Providencia quando le viene una desgracia que no habia prevenido; y como si fuera para él de algun consuelo tener à quien atribuir su mala suerte, echa à Dios la culpa de que le suceda; y con la mas estraña contradiccion atribuye à esta misma Providencia lo que con impiedad altiva y soberbia la negaba. ¿Pues qué cosa mas extravagante, que no querer conocer la Providencia para obedecerla y conformarse con sus decretos, y conocerla para ultrajarla? Ved aun otra cosa que causa mas novedad; y es, que muchas veces el licencioso quiere dudar de la Providencia, por las mismas razones que la prueban invenciblemente, y bastáran para persuadirla aunque fueran solas. Porque ¿en qué funda sus dudas sobre la Providencia? ¿En ver lleno de desordenes el mundo? Pues de eso mismo habia de inferir necesariamente, dice San Juan Christosoto, que hay Providencia. En efecto, ¿por qué son desordenes estos de que está lleno el mundo? ¿Por qué le parecen desordenes, sino porque son contra el orden que debe haber en él? ¿Pues qué orden es este à que se oponen, sino la Providencia? Luego se forma la dificultad de lo mismo con que la dificultad se resuelve, y se hace infiel con lo que le habia de hacer mas firme en la fe. Pero si hubiera Providencia, dice, ¿sucederian en el comercio de los hombres tantas cosas de que ellos mismos se escandalizan? Respondo: ¿que los mismos hombres se escandalizen, no es una prueba autentica de la Providencia, que no permite que semejantes cosas estén autorizadas, y por eso mismo quiere que entre los hombres se tengan y se hayan tenido siempre por escandalosas? Si de nada se escandalizarán los hombres, entonces pudiera dardarse si habia Providencia, y podria decir en su corazon el impio, que no habia Dios: pero mientras la insolencia del vicio escandaliza, mientras la misma censura del mundo condena la disolucion, y el odio público se levanta contra la maldad, la Providencia está defendida, y nada de todo esto prevalece contra ella. Pues siempre escandalizarán estos desordenes, porque siempre habrá Dios y Pro-

videncia. Se comerarán en el mundo, à la verdad, delitos vergonzosos, perfidias atrozes, y traiciones infames: pero son vergonzosos esos delitos porque la Providencia imprime en ellos, y nos hace ver ese carácter: se detestan esas perfidias como tales, porque hay Providencia que hace amar la buena fe; y se reputan por infames esas traiciones, porque hay Providencia que hace que se estime la honra y la virtud. Se ejecutarán acciones, que el mismo que las executa se avergonzará de ellas, las condenará, y no las querrá reconocer: pero el mismo no querer reconocerlas, esos remordimientos, y esa confusion serán en sí mismas otros tantos testigos en favor de la Providencia. Al contrario, ¿qué argumento no sacarà de ellas contra la Providencia el impio, sino se desaprobáran, sino se intentáran ocultar, y sino causáran confusion? Ved el desorden de quien con espíritu de incredulidad renuncia la Providencia.

Mas supongamos que la renuncia sin ofensa de la fe, y por pura rebeldia del corazon. Es un desorden mas insufrible, creer que hay Providencia que preside en el gobierno del mundo, y no querer sujetarse à ella, ni tomarla por regla, ni obrar à una con ella; antes tener tanta temeridad, ó por mejor decir tanta falta de juicio, que no solamente quiera hacerse independientemente de su gobierno, sino pretender tambien salir con el designio que se tiene, y conseguir lo que se intenta por modos distintos de los que la Providencia tiene señalados. Y no obstante, à este desorden conduce insensiblemente el espíritu del mundo. Aun creyendo la Providencia, se vive en él como sino se creyera: porque se cree en la Providencia (atendida à esto, amados oyentes míos, y reconoceros à vosotros mismos) se cree que hay Providencia; y con todo eso se procede en los negocios del mundo con las mismas ansias, con las mismas impacencias, con el mismo olvido de Dios en las felicidades, con el mismo desmayo en las aflicciones, y con la misma presuncion en las empresas, como si esta Providencia fuera un nombre vano, y no decidiese ni tuviese parte en nada. En efecto, si la fe

de la Providencia entrara en la conducta de nuestra vida tanto como debia entrar , es decir , si jamas perdiéramos esta Providencia de vista , y cada uno de nosotros se mirara como un vasallo nacido para executar sus decretos , por el mismo caso fuera racional quanto hubiera en nosotros : jamas estuviéramos apasionados , no fuéramos impetuosos , vanos , inquietos , altivos , envidiosos , ni ingratos á Dios , ni injustos con los hombres : teniendo sujecion á esta Providencia , fueran sin codicia nuestros intereses en el mundo , sin ambicion nuestras pretensiones , y nuestras ventajas sin soberbia : no abusáramos de los bienes , ni de los males , y conserváramos en todas las cosas aquella santa moderacion de afectos y deseos , que (segun la sentencia de San Pablo) nos hiciera en la prosperidad modestos , y en la adversidad sufridos. ¿Por qué? Porque todo esto se encierra en lo que yo llamo subordinacion , ó sumision de un alma fiel á la Providencia de Dios. Mas como el espiritu del mundo que predomina en nosotros nos hace abandonar esta Providencia , damos en mil desordenes por una consecuencia inevitable. Recibimos de Dios beneficios sin reconocerlos , y castigos sin aprovecharnos : lo que habia de convertirnos , nos endurece ; lo que nos habia de santificar , nos irrita y nos desespera : nos ensoberbecemos quando nos habiamos de humillar , y nos turbamos quando habiamos de alabar á Dios y consolarlos. Las felicidades ajenas las convertimos vergonzosamente en pesares nuestros , y los pesares ajenos en infames regocijos. No hay un solo afecto en nuestro corazon , que no esté fuera de su lugar ; y es porque no recibimos la impresion del primer movíl , quiero decir , de la fe de la Providencia. Pues Señor , ¿cómo no hemos de ser entre todas vuestras criaturas las mas delinquentes , si apartándonos de un gobierno tan santo y acertado como el vuestro , no nos quedan sino caminos errados y engañosos , en que darémos tantas caidas como pasos?

Atended , Christianos , y para enteraros bien de la verdad que os predico , reparad que ese hombre del siglo que se separa de la Providencia para no depender de ella , no

lo

lo hace sino para vivir segun el acaso , y para seguir como ciego el corriente de la fortuna , que arrastra todos los espíritus delicados ; ó por gobernarse por los respetos de la prudencia humana , cuyo partido siguen los sábios del mundo. Pues uno y otro es para Dios el ultraje mas sensible , y todos vosotros habeis de seguir mi parecer. Porque no tener otro principio para el gobierno propio que la fortuna , y querer dexarse llevar de su corriente , ¿no es caer en la idolatría de los Paganos , que (como observa San Agustin) en lugar de adorar los consejos de Dios en los sucesos del mundo , se fingian una divinidad extravagante , que ellos llamaban *Fortuna* , llegando á erigirla templos , á invocarla en sus necesidades , á ofrecerla sacrificios para amansarla , y darla gracias quando suponian que les era favorable? Idolatría , cuyos abusos no podian tolerar los mismos sábios del Paganismo. ¿Qué indignidad , decia Plinio , ver hoy la Fortuna universalmente invocada , adorada y reverenciada como la divinidad del mundo , con desprecio de los mismos Dioses! *Quid enim est, quod nunc toto orbe, locisque omnibus Fortuna invocatur, una cogitatur, una nominatur, una colitur?*

¿Pues no es esto mismo con lo que daba Dios en cara al pueblo de Israel por boca de Isaías , quando les decia: *Et vos qui dereliquistis Dominum, qui oblitistis montem sanctum meum, qui ponitis Fortune mensam, & libatis super eam; numerabo vos in gladio?* (a) Vosotros que habeis despreciado mi culto , que levantaís altar á la Fortuna , y con una oculta apostasia la ofrecéis en vuestros corazones sacrificios , sabed que no os ha de perdonar mi justicia vengadora. Pues no ha sido este sacrilegio delito de Judios y Paganos solamente : aun se vé en la Christiandad , y especialmente en la Corte. Sí , amados oyentes míos , y lo sabeis vosotros mejor que yo ; el idolo de la Corte es la Fortuna , la Corte es el lugar donde se adora y se le sacrifici-

(a) Isai. 65. v. 11. &amp; 12.

fica todo, la quietud, la salud, la libertad, la conciencia y la salvacion: por ella se regulan en la Corte las amistades, los respetos, los servicios, las complacencias, y aun las obligaciones. Si un hombre se halla en fortuna, ese es nuestra divinidad; y sus vicios nos parecen virtudes, sus palabras oráculos, y sus voluntades leyes. ¿Me atreveré à decirlo? Si un demonio salido del infierno se hallára en un grado superior de elevacion y favor, se le ofrecieran incensos: pero llegue à caer ese hombre en quien se idolatraba, no esté ya en el puesto, apenas habrá quien le mire. Todos aquellos falsos adoradores desaparecen, y son los primeros que le olvidan: ¿Por qué? Porque no subsiste ya este idolo de la Fortuna que en él se respetaba. Yo sé que en todo esto se miran los hombres à sí mismos; pero este es su desorden, mirarse y buscarse à sí mismos fuera de Dios y de su Providencia. No hay, aun entre los virtuosos y espirituales, quien no se dexé deslumbrar del resplandor de una fortuna mundana, y no tenga parte en esta idolatría. No digo por esto, que absolutamente no sea licito valerse de los que están en elevacion, mas con tal que se consideren como Ministros de la Providencia: con tal que no se tenga confianza en ellos sino en orden à los intentos de Dios: con tal que no sirva su favor, como lo vemos cada día, para oprimir al uno, para armar lazos al otro, para mantener la injusticia, y para hacer que triunfe la maldad.

Parece que el partido de los que abandonan la Providencia, y se rigen por la prudencia humana, debía estar expuesto à menos desordenes: pero en esto nos engañamos. En los parciales de la Fortuna hay mas temeridad; pero en estos sábios del mundo mas soberbia. ¿Pues hay cosa que ofenda à Dios mas que la soberbia? ¿No se vé en esto mismo evidentemente? Porque ¿qué soberbia no es, que un hombre fiandose y asegurandose de sí mismo, juzgue que sabe bastante para gobernarse, y tener despues derecho de gloriarse de sus buenos sucesos, llegando interiormente à decir como aquellos impíos en la Escritura: *Manus nostra excelsa, & non Dominus, fecit hæc omnia.*

*nia.* (a) Yo me he hecho lo que soy: à mí me lo debo: con mi industria y con mi trabajo lo he conseguido: el buen estado de mi casa, el buen exito de mis dependencias, y la dignidad en que me hallo, todo esto es obra de mis manos, y no de las del Señor; ¿Qué soberbia, no tener en mil ocasiones bastante luz para pasar sin el consejo de los hombres, y pensar que tenemos bastante para no estar obligados à consultar à Dios! Y para reducir esta verdad à alguna especie particular; ¿qué desorden es (pongo por exemplo) que un padre, siguiendo solo las máximas de la sabiduria del mundo, se tenga por capaz para disponer totalmente à su alvedrio de sus hijos, determinar sus vocaciones, hacerles entrar en tales empleos, procurarles tales beneficios, y hacerles echar por este, ó el otro rumbo, sin exáminar si Dios los quiere llevar por esos caminos! Y pues todo esto está tan estrechamente unido con la salvacion suya y de sus hijos, ¿à qué se expone, y qué espantosas consecuencias se siguen de ahí para él y para ellos? Porque al fin, desde que el hombre intenta gobernarse por sí mismo sin dependencia de Dios, toma sobre sí delante de Dios todas las consecuencias. Si fueren desgraciados, sobre sí toma la culpa; y como la prudencia humana, aun la mas refinada, está sujeta à mil errores, ¿quién podrá decir las deudas que va amontonando unas sobre otras, de las quales habrá algun día de dar cuenta al Juez supremo? Quando recurso à Dios, quando despues de haber deliberado con madurez, segun el espíritu de mi Religion, y haber procurado con buena fe conocer la disposicion divina, me llevo à resolver y determinar, puedo tener la confianza de que determino seguramente, ó de que Dios suplirá si falto en alguna cosa, y que si yo voy errado, Dios tendrá otros caminos para enderezarme. ¿Por qué? Porque en quanto está de mí parte he seguido las reglas de la prudencia christiana, pidiéndole que me alumbré, y valiendome de los medios que me ha da-

(a) Dent. 32. v. 27.

do para conocer su voluntad. Pero quando quiero guiar-me por mí, he de dar cuenta de mí, y se la he de dar à un Dios zeloso de sus derechos, que estando ofendido de mi soberbia, no está en disposicion de hacerme gracia. Pues ¿en qué abismos no voy à precipitarme? Porque (insistiendo en el mismo exemplo) si un padre dispone de sus hijos segun las ideas de esta detestable política del mundo, que le sirve de regla, ¿qué sucede? Bien lo sabeis; que para elevar al uno sacrifica à los demas: y preocupado del amor de uno, no guarda justicia à los otros. Destina à la Iglesia los que pudieran cumplir con su obligacion en el mundo: pone en los empleos del mundo à los que pudieran servir utilmente à la Iglesia; y como su destino temporal tiene concatenacion casi infalible con su predestinacion eterna, pensando ponerlos bien à todos, à todos los condena, y se condena con ellos, y por ellos. Si como christiano hubiera recurrido à Dios, se hubiera preservado de todos estos desordenes; pero solo ha querido creer à sí mismo, y creyendose à sí, se ha perdido, y ha hecho que sus hijos se pierdan; y se ha hecho para con Dios reo de la perdicion de ellos y de la suya.

Por esto Salomon, el mas sábio de los hombres, le hacia à Dios esta peticion excelente: *Da mihi sedium tuarum assistentiam sapientiam; ut tecum sit, & mecum laboret, & sciam quid acceptum sit apud te.* (a) Dadme, Señor, aquella sabiduría que está sentada con Vos en vuestro Trono, para que trabaje conmigo, y sin engañarme me enseñe como debo obrar, y lo que es agradable en vuestros ojos. Peticion es esta, amados oyentes míos, que todos nosotros, segun nuestra condicion, debemos hacer cada día: peticion que Dios oirá, porque será un vasallage que tributaremos à su Providencia; y hará descender sobre nosotros las bendiciones mas abundantes del Cielo; porque honrando à Dios, le empeñará en que se interese por nosotros. Sin esto, y sin esta submission à la Providencia

(a) Sap. 9. v. 4. & 10.

cia de nuestro Dios, no solamente serémos los mas culpables, sino los mas desgraciados de todos los hombres. Esto habeis de ver en la segunda parte.

## II. PARTE.

Es dictamen de San Agustin, (y que no puede contestarse, y me parece no menos propio para imprimir en nosotros una idea alta de Dios, que para darnos un perfecto conocimiento de nosotros mismos) que Dios no fuera Dios, si fuera de él pudieramos hallar una sólida felicidad; y que la prueba mas convincente, y sensible de que es nuestro ultimo fin, y nuestra suma bienaventuranza, es que al apartarnos de Dios por el pecado nos hacemos infelices: *fussisti, Domine, & sic est, ut omnis animus inordinatus pena sit sibi ipsi.* Vos lo habeis ordenado (decia este hombre grande confesandole humildemente à Dios, y llorando sus miserias) Vos lo habeis mandado así, este decreto se executa cada día, que todo espíritu que se desordena y quiere salir de los terminos de la sujecion y dependencia, separandose de Vos, halle en sí mismo su tormento. Pues esta es puntualmente la segunda proposicion que estableci: y basta haberla concebido para estar persuadidos à ella. La mayor infelicidad del hombre es apartarse de Dios, y pretender eximirse de las leyes de su Providencia: Por qué? Ved aqui las razones. 1. Porque apartandose de esta Providencia adorable, queda el hombre, ò sin gobierno, ò abandonado al suyo propio, que es una causa infalible de todos los males: 2. Porque dexando él à Dios, por el mismo caso obliga à Dios à que le dexé, y retire de él aquella proteccion paternal en que consiste, segun la Escritura, toda la felicidad de los Justos en la tierra. 3. Porque por el mismo caso se priva del mas dulce, ò por mejor decir, del único consuelo que puede tener en algunas adversidades, en que solo pudiera mantenerle la fe de la Providencia. 4. Y en fin, porque no queriendo depender de Dios con una submission libre y vo-

luntaria, depende de él à su pesar con una dependencia forzada, y reusando el cautivarse baxo de una ley de amor, no puede evitar la sujecion à las leyes mas asperas de una justicia rigurosa. Quatro razones que necesitáran de otros tantos discursos, si se hubieran de tratar con toda la extension y eficacia que tienen; pero sola su explicacion llana y breve bastará para persuadiros y moveros.

Imaginad primero (decia San Juan Chrisostomo) un baxel en medio del mar, combatido de vientos y tempestades, y aunque bien equipado y proveido de todo lo demas, fulto de piloto y de timon: pues este es el hombre en la corriente del mundo, quando no tiene à Dios por regla del gobierno de su vida. A falta de la Providencia, en qué puede estribar, y de qué puede fiarse? Si fuera de esta Providencia pudiera hallar alguna cosa estable en que parar y poder estar fixo, fuera quizá menos digno de compasion; pero es preciso que confiese conmigo, que renunciando la Providencia, y sacudiendo el yugo de Dios, solo le queda uno de estos dos partidos, ò poner sus esperanzas en los hombres, ó no tener mas recurso que à sí mismo: y por qualquier parte es su suerte igualmente desgraciada: haga lo que quisiere, es infeliz sin remedio y sin disputa; porque si bien se entiende, qué cosa hay mas terrible, que estar reducido à no tener mas recurso que à sí mismo? Por poco que el hombre se conozca, hay cosa que pueda desconsolarle mas, ni infundirle mas desmayo? Si me hallára solo y sin guia en una horrorosa soledad, expuesto à perderme sin remedio, tuviera unos temblores mortales. Si en una enfermedad recia me viera abandonado, sin tener quien cuidase de mí sino yo, no me atreviera à tener esperanza de salud. Si en un negocio capital, en que no solamente me fuera la fortuna, sino la vida, no tuviera de quien aconsejarme sino de mí solo, me diera por perdido sin remedio. Pues cómo en medio del mundo, de tantos escollos y lazos como me cercan, de tantos peligros que me amenazan, de tantos enemigos que me persiguen, y de tantas ocasiones en que me

puedo perder, podré vivir en paz y sin continuos sustos, no teniendo de quien valerme sino de mí mismo? Christianos, en lo que consiste siempre la infelicidad del hombre es en el mismo hombre obstinado en no querer depender sino de sí mismo. Lo que hace al hombre infeliz, no es lo que está fuera de él, ni lo que está sobre él, ni lo que parece que es mas declaradamente contra él; el mismo hombre es la causa de sus tormentos, porque quiere tenerse por regla de sus acciones: y de necesidad ha de ser así; porque como los pensamientos de los hombres, segun la Escritura, son inciertos, confusos y tímidos, especialmente en lo que les toca: *Cogitationes mortalium timide*; (a) si el hombre reducido à sí mismo no se gobierna sino por lo que por sí alcanza, por el mismo caso cae en la inquietud, en la irresolucion, y en la turbacion, no pudiendo asegurarse de nada, obligado à desconfiar de todo, abandonado à sus caprichos, à sus desigualdades y à sus inconstancias, esclavo de una imaginacion que juega con él, y sujeto à las alteraciones de los humores que le dominan. Como está lleno de pasiones, y pasiones totalmente contrarias, debe temer que le despedacen; y si se encierra en sí mismo, por el mismo caso, segun la diferencia del humor de que se halla, está oprimido de la tristeza, dominado del miedo, envenenado del odio, perdido de juicio por el amor, consumido de una ambicion desmesurada, perdido de las mas infames envidias, arrebatado de la ira, y fuera de sí por el dolor, hallando en sí mismo, no un castigo, sino un infierno.

Bien sé, Christianos, que tiene una razon superior à todo esto, de la qual puede y se debe ayudar; mas si esta razon por un lado le puede ayudar, por otro qué no le hace padecer? De qué le sirve, dice San Agustín, esta razon que no está sujeta à Dios, y está ceñida à sus luces tibias, sino de hacerle mas desgraciado, de descubrirle unos

(a) Sap. 9. v. 14.



bienes que no puede alcanzar, de representarle unos males de que no puede huir, de excitar en él unos deseos que nunca satisface, de causarle unos arrepentimientos que siempre le atormentan, de ponerle hastío en lo que tiene, de hacerle sentir la privación de lo que no tiene, de hacerle conocer en el mundo mil injusticias que le hacen desesperar, y mil indignidades que le traen en una inquietud continua? De todo discurre, pero sus discursos le afligen; todo lo ve antes que suceda, pero su vista le es una muerte; hace estudio de ser prudente y sabio, mas no nacen de esa misma prudencia y vana sabiduría sus desazones y sus pesares? Si se dexára gobernar de Dios, la sola vista de una Providencia ocupada en velar sobre él, fijaría sus pensamientos, pondría terminos á su codicia, amansára sus pasiones, fortaleciera su razon, y fuera feliz con el sosiego de todas las potencias de su alma; pero como lo quiere ser sin Dios, y por sí mismo, no halla fuera de Dios, ni en sí mismo sino miseria y afliccion de espíritu.

Qué hará pues? Pondrá su confianza en los hombres convencido de su insuficiencia propia, y no queriendo seguir el partido de Dios? Ay! amados oyentes míos; esta es mucho mayor miseria; porque infeliz, dice el Espíritu Santo, del que pone sus esperanzas en el hombre, y se apoya sobre un brazo de carne: *Maledictus qui confidit in homine, & ponit carnem brachium suum.* (a) Y en efecto, dexando todo lo demas, á qué servidumbre no obliga ese estado? Qué baxeza, tomar sobre sí el yugo del hombre, sacudiendo el de Dios! Quiero decir, no haber de vivir sino al gusto del hombre, no poder mantenerse sino con su autoridad, no tener mas querer que el suyo, no poder hacer sino lo que le agrada, estar obligado siempre á adivinarle el gusto, á complacerle y lisonjearle: estar con una continua congoja, de si está ó no está en su gracia, de si él está ó no está contento: hay mas enfadosa, ni mas cansada esclavitud? Pero depender de Dios, de quien

(a) Jer. 17. v. 5.

estoy seguro que no me ha de faltar su Providencia, en esto está mi felicidad, y lo estaba la de San Pablo quando decia: *Scio cui credidi.* (a) Sé de quien he fiado mi depósito. Al contrario, quando en lugar de Dios en quien no me quiero aquietar, fio mi destino y mi suerte, de unos hombres ligeros, interesados, amantes de sí mismos, que no me estiman sino por su interes, ni se les dará nada de abandonarme luego que empezáre á serles molesto, ó acabáre de serles útil: Ay! Christianos, por poco juicio que tenga, he de confesar que no hay desgracia como la mia. Y ciertamente, dice San Juan Chrisotomo, si esta amable Providencia de Dios pudiera suplirse en órden á nosotros con la proteccion de los hombres, fuera con la de los Principes, á los cuales miramos como unos Dioses de la tierra, ó con la de sus Ministros y Privados, que nos parecen omnipotentes en el mundo. Pues estos son cabalmente en los que la Escritura nos advierte que no pongamos nuestra esperanza, si no queremos edificar sobre un fundamento ruinoso: *Nolite confidere in Principibus.* (b) Y para que la experiencia nos hiciese mas visible este punto de fe, el favor de estos, solicitado con porfia, y mantenido sin provecho, es el que por justo castigo de Dios hace cada dia mas infelices, mas engañados, mas desamparados y sacrificados, y consiguientemente mas testigos de esta gran verdad, que en los hijos de los hombres, aun segun el mundo, no hay remedio: *In filiis hominum, in quibus nos est salus.* (c)

Pero ved aqui, Christianos, el colmo de la ceguedad del mundo. Por más persuadido que esté un hombre de una verdad que tiene tantas pruebas, y tanto nos importa el comprenderla bien, no obstante porfia en que la ha de contradecir; y mas quiere ser infeliz dependiendo de una criatura, que sujetandose al Criador ser dichoso. A pesar de las pruebas rigurosas que cada dia se hacen de la tibieza, de la aspereza y de la insensibilidad de estas falsas divinidades

(a) 2. Tim. 1. v. 12. (b) Psalm. 145. v. 2. (c) Ibid. v. 3.

des de la tierra, es tal su encanto, que mas quiere padecer y gemir fiando en ellas, que tener libertad con una santa confianza en Dios. Preguntad à esos adoradores del favor, à esos esclavos y parciales del mundo, lo que pasa por ellos; y ved si hay uno solo que no confiese, que su estado tiene mil sinsabores, mil desazones, y mil mortificaciones inevitables. No hablan asi aun en el tiempo de sus prosperidades? Y quando despues de tantos artificios viene su politica à dar en tierra, y con una desgracia improvisa que desconcierta y desbarata todos sus designios, se ven olvidados, dexados y en desprecio: Ah! hermanos míos, exclama San Agustin; entónces sí que tributan un solemne vasallage à la Providencia, de la qual no quisieron depender: pero entonces Dios en castigo, y con una especie de irrisión que le permite su justicia sin oponerse à su misericordia, cree que tiene razon para responderlos con estas palabras del Deuteronomio: *Ubi sunt dii eorum, in quibus habebant fiduciam? Surgant, & opulentur vobis.* (a) Dónde estan aquellos dioses en que os fiabais? Dónde estan aquellos Dioses, cuya proteccion os deba tanta hereza? *Surgant, & in necessitate vos protegat.* (b) Manifestense ahora, y vengan à socorrerlos. Estos eran vuestros Dioses, y mas os fiabais en ellos que en mí: ea pues, recurrid à ellos en el extremo en que os hallais, y pues los habeis servido como à divinidades, que os saquen del abismo, y os levanten: *Surgant, & opulentur vobis.*

Pues entónces qué consuelo puede haber para un hombre abandonado de Dios, despues que él abandonó à su Magestad? Qué consuelo, digo, especialmente en ciertos estados de la vida, en que sola la fe de la Providencia puede confortarnos? Porque mientras me alumbraba la fe, y estoy bien persuadido de este principio, que hay un Dios repartidor de bienes y males, de suerte que nada me sucede sin su orden, y todo es por mi salvacion y por su gloria, tengo en mí un reparo contra todos los infortunios.

Por

(a) Deut. 32. v. 37. & 38. (b) Ibid. v. 38.

Por mas indocil y rebelde que sea, no dexo por lo menos en la parte superior de mi alma, y con la luz que me da la fe de decirme à mi mismo: *Injustamente murmuro, y me quejo*: Dios lo ha dispuesto asi, pues si es su voluntad, debo someterme à ella. Condenandome de esta suerte me consuelo, y este pensamiento me fortalece: aunque al principio no halle gusto en él, basta aprobarle y poder traerle à la memoria quando quisiere, para que me sirva de recurso en mi dolor. Pero borrada en mi alma la idea de la Providencia, si me sobreviene una afliccion de aquellas en que la razon del hombre se apura, y no puede hallar en el mundo algun consuelo, dónde estoy, y qué me resta sino beber todo el caliz, como los pecadores, sin temperamento ni mezcla? *Verumtamen fœx ejus non est cinanita; bibent omnes peccatores terræ* (a). Pues en el discurso de la vida, y de las revoluciones tan ordinarias en ella, no hay cosa mas comun que este linage de estados y varias disposiciones: y Dios, Christianos, lo permite para convencernos mas sensiblemente de la necesidad que tenemos de tomar partido con su Providencia, y hacernos ver la diferencia de los que confian en ella, y de los que no quieren ir por sus caminos. Porque de ahí nace que un justo, afligido, perseguido, y si quieres, oprimido, está sosegado, posee su alma en paciencia, y con una paz que, segun el Apostol, excede todo sentido humano, saca de sus mismos males su consuelo: Por qué? Porque ve en el Universo una Providencia, y tiene gusto de conformarse con ella: *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est* (b). El Señor me habia dado estos bienes, él mismo me ha privado de ellos: sea su nombre bendito para siempre. Pero el impio, herido del golpe que le aterra, hace el papel de un condenado, blasfemando contra el Cielo, teniendo por aborrecible quanto hay en la tierra, acusando à sus amigos, lleno de furor contra sus enemigos, desesperandose, y no hallando en su desesperacion,

co-

(a) Psalm. 74. v. 9. (b) Job 1. 4. v. 21.

como el rico del Evangelio , una gota de agua ; es decir, de suavidad , ni de consuelo : solo podia sacarla del manantial de la Providencia , y para él está seco. Esto le hacia decir à San Juan Chrisostomo , que quien se opone à la Providencia hace guerra à su felicidad , porque la mayor felicidad del hombre está en creer que hay Providencia en el mundo , y en sujetarse à sus decretos.

Pero qué digo , Christianos ? El mundano mas rebelde no está baxo del dominio de la Providencia ? Si lo está , y lo estará mal que le pesce ; pero ese es el remate de su desgracia : porque de dos especies de Providencias que Dios exercita en los hombres , una de rigor , y otra de bondad , una de justicia , y otra de misericordia , quando se aparta de aquella Providencia favorable en que debía buscar su reposo , se halla entregado en manos de aquella Providencia rigurosa que le persigue , para hacerle sentir su mas dominante imperio. Como si le dixera Dios : tu no quisiste ponerte baxo de esta , pues la otra te dará que padecer : pues con ley irrevocable y eterna he dispuesto que substituya la una à la otra ; y nada puede estar fuera de su jurisdiccion en la extension que las he dado. No te ha podido obligar la Providencia de mi amor , y de aqui adelante será la Providencia de mi justicia la que te contendrá , te reprimirá , hará que sientas su rigor con venganzas , ya ocultas , y ya manifiestas ; ya con humillaciones , ya con afficciones , ya con las prosperidades que te harán perder el juicio , ya con adversidades que te oprimirán , ya con dulzuras que envenenarán el corazon , ya con amarguras que te irritarán , te llenarán de sinsabores , y no te enmendarán , te reducirá à tu pesar à la sujecion. De este medio se ha valido Dios tantas veces con algunos pecadores señalados. Asi trató à Faraon , à Nabucodonosor , à Antioco , y à otros muchos. No quisieron reconocerle como Padre , y se vieron forzados à sufrirle Juez. No quisieron servir para glorificar su Providencia amable y bienhechora , y sirvieron para glorificar su Providencia soberana y omnipotente : *Ponam te in exemplum.* (a)

(a) Nahum 3. v. 6.

Yo haré un exéplam en tí , decia por su Profeta à un licencioso ; y esto hizo y hace aun con el Pueblo Hebreo. Milagro es este permanente de la Providencia de un Dios irritado. Milagro , que solo él basta para convencer los espiritus mas incrédulos , de que hay en el mundo un Dueño soberano , y un Dios en cuya presencia toda criatura debe humillarse , y à quien es razon que todos los hombres obedezcan : si tenemos , hermanos míos , algun respeto à nuestra obligacion , ó à nuestro interes , sujetemonos à Dios y à su Providencia. Sujetemosle todos nuestros intentos , y sin despreciar los medios racionales que nos permite para salir con ellos , sin perdonar à nuestros cuidados , por lo demas dexemosle el suceso quieta y absolutamente. Demosle igualmente gracias en los bienes , y en los males : en los bienes , recibendolos con reconocimiento ; en los males , llevandolos con paciencia. Pidamosle sin cesar , que se haga su voluntad en nosotros asi en la tierra como en el Cielo ; en la tierra donde nos quiere santificar , y en el Cielo donde quiere coronarnos. Esto es lo que yo os deseo.